

ZORRO NEGRO

Aquella noche el Hermano vino a despertar al anciano Prelado.

—¡Monseñor....ahora estoy seguro de ello... es un zorro!

—¿Un zorro....negro?

—¡Oh....eso sería demasiado!.... ¡No quiero ni pensarlo!....

—En fin.... ¡Podría serlo!

—¡Quizá....*muy* quizá!

Entonces el Obispo se levanta, se pone su piel de oso, sus guantes, se cala sus anteojos, se come a escape un pedazo de pescado blanco, descuelga su escopeta, se calza sus patines, y se va.

Era la noche polar en toda su glacial pureza; en el infinito horizonte campos de nieve en que las estrellas parecían cernerse como clavos de oro para sujetar en la tierra el oscuro velo de los cielos.

—¿Dónde has puesto el cepo?

—A cinco millas al norte de aquí. Permítame.... Voy a cortar el viento a Su Ilustrísima.

Y el Hermano se echa a patinar delante del Obispo sin pedirle permiso, sin pronunciar palabra, atendiendo a que iban de caza.... Ambos desfilan como dos sombras por la nieve. Sus cabellos se convierten en témpanos, sus siluetas se recortan en gigantescas y movibles siluetas.

* * *

Todo resulta extraño en estas proximidades del polo: el silencio absoluto de las cosas, la persistente entonación blanca espectral en un azul que no parece real, la desnuda inmensidad de las soledades, en la que

se dirían ambos cazadores dos seres olvidados en el frío después del fin del mundo.

Al cabo de dos horas, el Hermano afloja la marcha.

—¿Estamos cerca?—Pregunta el Obispo.

—Sí....Allí a la izquierda es donde he encontrado el rastro por primera vez, quince días há.... Después he puesto un cebo todas las noches, y todas las noches se lo ha comido.... Hasta ayer no he colocado el cebo con la ballena y el pedazo de pescado blanco.... ¡Precisamente!.... ¡Estamos sobre la pista!.... ¡Vea Su Ilustrísima el paso!....

El Obispo se inclinó. En la nieve inmaculada veíanse huellas de garras, de pataleos, describiendo curvas, todo el amaño de un animal receloso que tiene hambre y que va, y vuelve, y vacila, tanteando antes de decidirse.

—¡Las garras son pequeñas! ¡Es un zorro ordinario!—murmura el Obispo contrariado.

—Tanto peor, monseñor.

—¡Andando, pues!

—¿No será demasiado pronto?

—No.... ¡Si hemos de cogerte está ya cogido!....

Durante cinco minutos bordean los bloques de hielo, siguiendo el zic-zac, y de pronto ambos se quedan parados.... Allí, ante ellos, a veinte pasos.... una piel oscura se revuelca furiosamente en la lechosa claridad; un soberbio zorro negro, que, solamente preso por las puntas de las patas, muerde sin chistar el cebo implacable que le muele los huesos ...

—¡Bravo!.... ¡Viva el Papa!....—exclama el Obispo sacudiendo sus guantes cubiertos de nieve.

* * *

La vuelta fue entusiasta.... El anciano Prelado se paraba cada cien metros para palpar la rarísima piel ... ¡Era verdaderamente espesa, suave, suavísima como la seda!

—¡Mire, Hermano Gabriel!.... ¡Meta aquí la mano! ¡Me parece que el Papa quedará contento!....

Y decía el Papa de un modo que impresionaba.

Aun aquí, a pocos grados del Polo, el Papa lo era todo.... Su retrato pendía de una espina de pescado en la cabaña de nieve endurecida, al lado de santas imágenes, y cuando en las noches polares, perdidos en sus soledades, a noventa días en trineo de todo país habitado, se hablaba del Papa, se quitaban el gorro de piel.... ¡El Papa! ¡El Santo Padre!

Su recuerdo era como una vida en medio de aquella muerte, como un cálido sol de los corazones en el cuadro glacial de las cosas.... Y cuando se mataba un buen oso o se arponaba una ballena, los esquimales decían al Obispo con acento pesaroso:

—Padre.... si el Papa no estuviera tan lejos, ¡qué buen cuarto podríamos mandarle!

El Obispo se había dejado seducir por la dulzura de tan cariñosa ingenuidad.... Hacía veinte años que vivía allí, fuera del mundo, muy lejos... tan lejos que no se había enterado de la guerra de 1870 hasta el 1872. Hoy vive con esta idea fija.

—Debo volver a Francia durante un mes para la elección de Superior de la Orden.... Le llevaré al Papa un zorro negro. ¡A toda costa!

Y la Providencia le permite coger uno.

¡Bendito sea Dios! Se cargó la piel con exquisito cuidado entre los bultos manchadizos, y santiguándose el anciano Obispo, partió para el largo viaje, atravesando la blanca inmensidad.

* * *

¡Desgraciado! No se le había olvidado más que un detalle: todo zorro negro pertenece *personalmente* al Emperador de Rusia, al cual hay obligación de entre-

gar la piel contra su valor, por lo regular de dos a tres mil francos.

Así, cuál no fue la aflicción del buen pastor cuando, después de cuarenta días en trineo tirado por perros, tropezó con un agente de la Compañía de la Bahía de Hudson, que le embargó lisa y llanamente el famoso zorro, ofreciéndole en cambio, además del dinero, una soberbia escopeta y provisiones de todas clases, todo como indemnización.

El dulce Prelado montó entonces en cólera.

—¡Esta piel es para el Papa!

—¡A!.... ¿Es para el Papa?

—Sí. ¿No le conoces?

—Le conozco.... pero soy protestante....

—Razón de más ... el Papa rezará por ti.... ¡Escúcha!

Cuando me hicieron obispo, todo mi capital consistía en una sotana, y nunca he podido gozar de esta dicha: hacer un regalo al Papa como hacen todos mis compañeros.... ¡Van ya de esto veintidós años!.... Hoy he realizado mi sueño: le llevo la ofrenda del Polo, la ofrenda de todos nosotros. ¿Serías capaz de cometer la mala acción de impedírmelo?... ¡No!.... ¡No lo harás!

El agente se retuerce el bigote un eterno minuto.

—¿Le dirás al Papa que es también de parte mía?

—Sí.

—¡Y que tengo un niño enfermo!

—Te lo prometo....

—Entonces defila y tóma hacia el oeste, porque mi colega hace servicio por el lado opuesto, y lo que es si caes entre sus manos, se acabó.

El trineo volvió a partir por la nieve gozosamente, arrastrado por los perros, mientras que el buen Obispo agitaba en el aire su gorro de piel de oso, gritando a plenos pulmones en la llanura inmensa:

—¡Viva el Papa!

* * *

Cuando seis meses después el Santo Padre recibió de manos del anciano Obispo la graciosa piel, se emocionó tanto con semejante testimonio de simpatía, llegando del fin del mundo, que él, tan halagado por el cariño respetuoso de sus hijos, dejó asomar las lágrimas, como si con la doble vista que frecuentemente poseen los viejos distinguiera en el espacio y en el tiempo la exquisita y detallada historia de su regalo.

—Yo también—dijo—quiero enviar algo a vuestras ovejas....

—¡Oh, Santo Padre!

—¡Una barrica de vino de Samos!.... ¡Creo que allá sería un éxito!....

—¡Un suceso inmenso!

—¿Y dos barricas?

—¡Todavía más!.... Pero.... ¡Santísimo Padre!.... ¡es demasiado!

—Para mis hijos del Polo nada es demasiado ni nada es bastante.... Les repetiréis mis palabras ... ¿verdad?

—¡Yo lo prometo, Santísimo Padre!

Y en seguida hizo el Papa que su Secretario dirigiera el pedido.

* * *

Pero—me explicaba más tarde el Obispo—nunca esas barricas llegaron a Edmond-Port, la última estación postal existente, ¡porque se las bebieron en una semana los miembros de la Sociedad de la Templanza, organizada por los protestantes contra el alcoholismo!....

PIERRE L'ERMITE